

más que los buenos', ¿no se estarán pasando los milagros de Dios al lado de los malos?" (pág. 110).

Llevados de la mano de Luis Oyarzún, nos asomamos a Checoslovaquia, recorremos lo más interesante y representativo de Moscú y Leníngrado, penetramos en los substratos del alma china, deteniéndonos en su afán de progreso, admirando su serena alegría y su suave cordialidad, para luego comprobar el desamparo y pobreza de la India. Hemos sido cogidos por la palabra del autor, retenidos por su amenidad, sorprendidos por la agudeza de sus observaciones, para tener al final de la lectura de este *Diario de Oriente* una fiel imagen de ese mundo tan distante al nuestro en lo geográfico y en su actitud frente al destino, pero tan semejante en su esencia humana.

No se ha valido Luis Oyarzún de estadísticas engorrosas ni de complicadas curvas de producción —existen las indispensables—, para darnos una visión de esos países. Ha penetrado en la realidad de ellos a través de la intuición y de su espíritu creador, instrumentos que le han servido para ver más profunda y sutilmente que aquellos que pretenden ser *objetivos* para captar el alma, lo inasible de los pueblos, como si ello fuera posible hacerlo únicamente por los sentidos.

Debemos, pues, agradecer a Luis Oyarzún que nos haya levantado la pesada "cortina de hierro", para mostrarnos lo que allí vio con espíritu libre, amplio, sin anteojeras que desfiguren lo íntimo y lo externo de esa parte de la tierra que se nos pretende configurar con rasgos tan opuestos a la humanidad en que vivimos, como si fueran dos mundos antagónicos e irreconciliables.

MILTON ROSSEL

<https://doi.org/10.29393/At390-101MCMR10101>

*Memorialistas chilenos*, de HERNÁN DÍAZ ARRIETA (Alone)

Zig-Zag, 1960

Bajo el título de *Memorialistas chilenos*, Alone ha reunido un conjunto de crónicas literarias sobre libros de carácter confesional, cuyos autores cuentan las intimidades de sus sentimientos y reacciones frente a los hombres y las cosas y las venturas y desventuras de su caminar por la vida. Leídas rápidamente muchas de ellas en el diario en el cual Alone colabora desde hace varios años, las hemos releído ahora sin premura, sin otra intención que regustarlas. Y no hemos sido defraudados. Nos parece que ellas están corregidas, reducidas, eliminado aquello circunstancial de todo artículo periodístico, incluso lo polémico o desagradable al autor.

No poco se ha escrito sobre Alone como crítico. Por nuestra parte, podemos afirmar que mientras más conocemos las nuevas técnicas de la crítica literaria y leemos sesudos trabajos de jóvenes "investigadores",

más nos agrada su manera de escribir y más interesante y originales encontramos su enfoque sobre libros y autores. Alone no necesita ningún procedimiento especial para juzgar los libros. Le basta dejarse conducir por su intuición, por su buen gusto, por su sensibilidad de artista, para hacer una presentación animada del libro por él comentado. Tiene, indiscutiblemente, una gracia especial para aderezar sus artículos, una manera de coger el alma del libro para revelar lo esencial de él, aquello que aparece oculto tras las letras y las expresiones, ese algo inasible de toda creación artística y que sólo puede captarse con espíritu también de artista.

Podrá no compartirse sus opiniones, no aceptarse sus puntos de vista, y hasta considerarlo arbitrario; pero nadie le desconocerá agudeza, fina penetración y un don singular para dar vida a obras pesadas y soporíferas.

El tiempo, la experiencia, las desilusiones, los desengaños, han limado el agudo estilete de su ironía, que en algunos casos llegaba al sarcasmo. Por eso el siguiente juicio suyo sobre don Samuel A. Lillo es como su propio estado de ánimo, una confesión encubierta. "La violencia de la lucha literaria —escribe—, complicada con la ambición política y la avaricia económica, vuelve cada día más áspera a la gente. El señor Lillo pertenece a una edad en que el cultivo del arte producía, casi, exclusivamente, placer estético, satisfacción interna, ese deleite de la vocación obedecida por ella misma que, seguramente, es lo más parecido a la felicidad que se ha encontrado" (pág. 172).

Hay exclusiones de algunos memorialistas. Entre otros, echamos de menos a Luis Durand, autor de uno de los libros más sabrosos de nuestra "chismografía" literaria. No consideramos, en cambio, cómo obras "memorialistas", *El Juez Rural*, de Pedro Prado, ni *El Loco Estero*, de Alberto Blest Gana. El hecho de que ambas novelas están urdidas con elementos autobiográficos, no les da la condición de ser "memorias".

Hace un gran beneficio a las letras chilenas Alone al reunir en volumen sus dispersas crónicas sobre libros de autores nacionales. Esperamos que continúe por este camino con nuevas obras en que agrupe sus crónicas, de acuerdo con los temas de los libros juzgados.

No están sus crónicas destinadas a la vida efímera de la página de un diario o revista semanal. Hay en ellas agudeza, gracia, estilo. Es, pues, fundamental que las conozcan las nuevas generaciones, no en búsqueda afanosa en los archivos de las bibliotecas, sino en el libro palpitante, asequible, manual. Y también ello es necesario para releerlo, gustarlo de nuevo y juzgarlo con el desapasionamiento de una lectura tranquila, sin la interferencia del vivir agitado y cotidiano.

Día llegará en que Alone figure en las antologías de los prosistas castellanos, porque su nombre estará inscrito entre los clásicos de la literatura chilena, de aquellos que resisten las mudanzas de las opiniones y los avatares de las modas literarias.